

LOS MONJES DE SAMOS, LOS MOZOS DE SAMOS

HAY que aprovechar los «puentes». Pero hace falta imaginación, en este artificio de los calendarios de ahora, para que el paso se tienda hacia orillas poco fatigadas por la apetencia común. Henos ya con el tiempo disponible para la pequeña tregua, el vehículo a punto, el corazón queriendo. ¿Pero a dónde, esta es la cuestión, en que el remedio no sea peor que la, enfermedad?

Alejado de las autopistas y de los aeropuertos, sin olores, marinos ni frivolidades costeñas, me ha tocado una mañana insólita, donde las concentraciones humanas más próximas -Ponferrada a mi espalda, Lugo por el frente brumoso- ni son próximas ni agobiantes. Llueve, además, como para emperezar a los posibles viajeros comarcanos. Es un asombro. Casi uno de estos domingos holandeses en que por culpa (o por gracia) de los árabes petroleros han vuelto a oírse los pájaros.

La cumbre santa del Cebrero ha quedado atrás. «Del Cebreiro», ponen los escritores gallegos, incluso cuando escriben en castellano. El lugar, batido en todo tiempo por inclemencias y fosquedades, se presta a cualquier misterio divino o humano, y del Santo Milagro aún informan la hostia en carne y el vino en sangre, convertidos así de visiblemente para confusión de un pobre clérigo descreído. Pero a medida que se baja hacia Triacastela van huyendo las difuminaciones del paisaje y del alma. En el grado, entiéndase, que esto es posible en Galicia. San Julián de Samos, con sólo el aura que desprende su nombre, es ya una manera de claridad.

El pueblo de Samos aparece poco poblado. La manga del surtidor de gasolina, que deja suponer dependencia monástica, abastece con parsimonia a la furgoneta que va a conducir un fraile. Pregunto por la misa, y que a las doce. «¿Solemne?» «Sí señor; solemne.» Haya o no razones de cumplimiento religioso, la misa principal de un convento benedictino me parece que vale el viaje. Haciendo tiempo andan los monjes las estiradas losas del claustro; se los ve de uno en uno, libro en mano, estilizados por el hábito talar, mientras suena el agua en la fuente de las Nereidas: una de esas esculturas atrevidas, que no son raras en cualquier cenobio como desafío, proclamación de fe en las armas poderosas e interiores. Todo, en fin, lo que necesita un viajero imaginador.

Ya dan el toque penúltimo y no soy solo en acercarme a lo que es Iglesia. Dos

monjas, una anciana curvada hacia la tierra, el cabo primera de la Guardia Civil. Y el común de vecinos, no muchos vecinos. Siento una impaciencia muy esteticista. Y de pronto, la decepción de un micrófono potente... y una guitarra. No sé si eléctrica. Pero también, por el portón grave de la sacristía, el cortejo de los monjes en su gran gala tradicional y litúrgica. Empezaba un acto que iba a resultar sorprendente. El chico de la guitarra no lleva roquete, naturalmente, sino jersey, y ahora me doy cuenta de que he seleccionado el «Dramatis personae» en beneficio de mi afición, porque además de rugosos tipos valleinclanescos, Samos cuenta con mozos de último cuño, con chicas «progres» en pantalones y cazadoras de piel. Cantan los frailes, según el momento, las salmodias eternas del gregoriano. Les sucede, en las voces jóvenes, un «blue» con intención de motete. Los frailes murmuran algunos rezos secretos. El chantre de los modernos toma el micrófono y habla sin ningún misterio:

«-Si no estoy mal informado, un convecino nuestro, Luis se ha marchado hoy del pueblo. Deberíamos pedir porque le vayan bien las cosas.»

La gente de los bancos debe de conocer a Luis y reza. Los frailes del altar y del coro, a su aire, rezan también por Luis. Yo no conozco a Luis, pero me da una sana envidia saber que se ha marchado -¿a Alemania? ¿a Bilbao?- y que tiene a toda su parroquia procurando por él.

Los frailes cantan otra vez. Sobre el eco de los salmos, la guitarra pone el ritmo a una marcha montañera; como de «Montañas rocosas», que hubiera compuesto Gershwin: «No podemos caminar / con hambre bajo el sol...»

-Hermanos, daos la paz.

Me doy la mano con el cabo primera.

Cuando el oficiante ha terminado, van saliendo cuantos de alguna manera sirvieron al altar. Primero el de la guitarra, con los de su cuerda. Luego los monjes, precediendo con respeto al anciano abad...

Y aquí me acuerdo de José García Nieto. Preocupado por el tema generacional de los jóvenes, amigo de los jóvenes, el poeta les advertía en su «Cuaderno... roto» que la generosidad y el acierto consiste en avanzar delante, pero no en avanzar solos. Amén.

Antonio PEREIRA